

Tomás Moro



un señor

un político

un santo

Jorge Benson

A los que, como Moro,
sufren injusta prisión,
y a sus familias,
firmes *al pie de la cruz*.

© Jorge Benson, 2013.
Moldes 1155. Buenos Aires.

Tomás Moro,
un señor,
un político,
un santo.



Jorge Benson
Buenos Aires, 2013

TOMÁS MORO

En 1535 sufría Tomás Moro su pasión, *voluntariamente aceptada*. En 1886 era beatificado, y en 1935 canonizado.

Está propuesto, por lo tanto, como un ejemplo. Ejemplo siempre vigente de hombre dedicado a servir generosamente a su patria.

Que nos sirva, pues, su recuerdo, y que le llegue nuestro homenaje.

Y que su testimonio, alegre y viril, humilde y señorial, en medio de una riesgosa y prominente actividad política, le hable a nuestro mundo tan necesitado de buenos jefes y paradigmas.

Al evocarlo no se trata de nostalgia ineficaz de grandezas idas, mientras nos debatimos entre el populismo, la corrupción y las manifestaciones de protesta, sino de un nuevo llamado a admirar e imitar a este humilde y gran señor, a este político amigo de Cristo que, cuando se vio en la encrucijada y tuvo que elegir, lo prefirió a Él, el Señor de los señores. Y lo hizo sin alardes, sin poses, con la sencillez, el coraje y el buen humor de los grandes.

Que el señorío de Tomás Moro, *buen servidor del Rey pero primero de Dios*, inspire a muchos a servir al bien común como él lo hizo, con libertad de espíritu, disposición heroica y alegre entusiasmo.



1. EL HOMBRE, UN SEÑOR

Moro recibió los títulos y honores de abogado, Caballero y Canciller. Pero él ya era todo un señor, en el sentido de la expresión popular *señor se nace, doctor se hace*.

Era un señor en el sentido de una persona que, como lo indica la palabra, ejerce el *dominio*. El dominio sobre sí mismo: emociones e inclinaciones, apariencia y expresiones. Un señor que no tiene vicios ocultos, porque sería de ellos esclavo. Un señor que es *dueño* de sí, de sus cosas (puede darlas), y de su entorno, aunque no sea el propietario. Un señor que no se va a mostrar vulgar, ni *fuera de sí*, y que, aunque sea pobre y prisionero va a estar limpio y bien presentado.

Algún teólogo podría objetar que la expresión “*señor se nace*” es discutible, en cuanto que el pecado original dejó en nosotros inclinaciones contrarias al autodomnio y que favorecen el descontrol. Y así, alguien podría aparentar señorío, por el porte y la elegancia, pero ser avaro, infiel, traidor.

Pero también es cierto que por el bautismo *nacemos señores*, pueblo de noble estirpe, de sangre real¹. Y con la gracia de Cristo, que nos *sana* y nos enseña, podemos evi-

¹ Cf. 1 Pe. 2, 9.

tar las obras de esclavo, es decir el pecado, y podemos cultivar esa vocación al señorío, que se manifiesta también en la cortesía y buenas maneras, expresión de la caridad. Por eso nos dice la Iglesia que *servir a Cristo es reinar*.² Y es tener *dominio* sobre todo, ya que “*todo es de ustedes, ustedes son de Cristo y Cristo es de Dios*”³.

Así *se hizo* y así fue Sir Thomas More, un señor de esos que *nacen y se hacen*, siempre dueño de sí mismo.

Por naturaleza, decía su contemporáneo el profesor Roben Wittinton, “*Moro es un hombre de inteligencia de ángel y singular educación, al que no le conozco semejante. Porque ¿dónde está el hombre de tal suavidad, mansedumbre y afabilidad? Sabía ser, según las circunstancias, un hombre de radiante alegría y muy divertido; y, a veces, de seria gravedad: un hombre para todas las estaciones*”⁴.

Lo confirma la opinión de su amigo Erasmo, quien dijo de él que era “*hombre de singular virtud y de clara e inmaculada conciencia, y de tal angélico ingenio como Inglaterra jamás había tenido ni tendrá igual*”⁵.

Ya había anunciado el Cardenal Merton, en cuya casa y a cuyo cuidado comenzaría su educación: “*Quienquiera*

² Lumen Gentium, 36.

³ I Cor 3, 22-23.

⁴ De aquí tomaría Robert Bolt el título para su célebre obra de teatro sobre la vida de nuestro santo, llevada también al cine: *A man for all seasons* (ed. Heineman, London, 1973).

⁵ Cit. por William Roper, yerno de Tomás Moro, en su *Life of Saint Thomas More*, Dent, London, 1978, p. 3.

viva para verlo podrá admirar en este niño a un hombre maravilloso⁶".

Y lo fue. Dotado de talentos como pocos, el Londres que lo vio nacer — hijo ya de un Caballero— recibiría, *"en la "edad de la primavera, al 'coming man' de creciente reputación en la City y en la Justicia, al aplaudido miembro — además— de un selecto grupo internacional de sabios, padre de numerosos hijos que lo rodeaban con cariño, y para el cual todas las puertas se estaban abriendo⁷".*

Si alguna vez quiso hacerse cartujo⁸, si de hecho es Santo, nunca empero pretendió dar una impresión *beatonesca* a un público formalista. Su actitud fue la de un señor, absolutamente libre dentro del amplio margen de la legítima felicidad de los hijos de Dios.

Esto se refleja, por ejemplo, en el estilo con que escribe, calmo, distendido, lleno de sentido del humor. Como luego Chesterton, prescindiendo de compromisos y temores literarios, sabría apelar tanto al chiste como al sencillo toque de sentido común, así como a la dureza de expresiones que lo muestran fuerte y apasionado contra la herejía y el error peligroso para los demás⁹.

⁶ Roper, o.c., p. 3.

⁷ Gordon Rupp, *Thomas More, the King's good servant*, Collins, London. 1978, p. 15. Rupp es un historiador protestante, profesor emérito en Cambridge.

⁸ Cf. *ibid.*, p. 14.

⁹ Luego de tratar a Lutero de loco, orgulloso, lascivo y mentiroso, y de lamentarse algo irónicamente de que los Santos Padres no hubiesen escrito con mayor precisión, habida cuenta del abuso que harían de sus escritos los reformadores, agrega de éstos: "Yo

Hombre de sangre ardiente, supo recurrir al cilicio para dominar la sensibilidad —y al matrimonio dos veces, con intervalo de un mes—, viviendo siempre tenso hacia una eternidad conscientemente esperada. Por eso brilló en su testimonio la serena fortaleza de la Esperanza. Y mientras sus mejores amigos vacilarían ante el temor de desagradar al rey, él expuso su misma vida con no menor señorío.

—Por amor de Dios, señor Moro —le advertía uno de ellos, el Duque de Norfolk—, recuerde que *la indignación del príncipe es la muerte*.

—¿Y eso es todo, señor mío? —le respondió—. Entonces, realmente no hay gran diferencia entre Su Gracia y yo, pues si yo moriré hoy, Ud. mañana ..."¹⁰.

encuentro esa raza de hombres absolutamente repugnante, y tanto que, a menos que recobren el buen sentido, quiero ser con ellos lo más odioso posible. Día tras día, cuanto más los voy conociendo, más aumenta mi temor del tremendo daño que podrán hacer al mundo" (carta a Erasmo, cit. por Rupp -o.c., p. 39- y por E. Wood -en Bolt, o.C., p. 108-).

¹⁰ Roper, o.c., p. 35.

2. SEÑOR DE SU CASA

Hombre de hogar, era el verdadero patriarca de un enorme clan que integraba con su mujer e hijos, yernos y nueras, pupilos y numerosos nietos.

Holbein pintó también ese cuadro familiar conmovedor: es el hombre eminente y próspero, paterfamilias en un hogar feliz; otro Job, cuando nada hacía suponer la tormenta que se avecinaba.

Pero precisamente porque era señor de su casa, era libre también para dejar un día el hogar por un motivo superior, o —como diría Suhard— por un amor aún más fuerte.

Así lo explicaría a su esposa, en la prisión, cuando ella intentara *recuperarlo* mostrándole el contraste entre "esta celda, sucia y estrecha ... encerrado entre lauchas y ratas ... y tu casa tan linda, con tu biblioteca, tus libros, la galería, el jardín ... en la compañía de tu esposa y tus hijos y todos los tuyos que te hacían tan feliz ...".

—“¿Por cuánto tiempo más?”, se le atribuye haber contestado. —“¿Por diez, veinte, treinta años? ¿Y por ese poco de tiempo perderé la vida eterna?”

Este hombre de fino humor, que "nunca hablaba sin hacer alguna broma, y para quien los pequeños chistes

eran el pan de cada día"¹¹, con lo cual procuraba mantener viva la serena alegría de los suyos, cultivaba al mismo tiempo la soledad donde rezar. y seguir entrenado —por así decir— en ese elevarse al cielo por encima del amor a su familia.

Así, atestigua su yerno, cerca de su casa edificó una pequeña capilla y biblioteca, en la que solía pasar buena parte de su tiempo y, especialmente, los viernes¹².

Y rezaba:

*Dame, Señor, una buena digestión,
y también algo para digerir.
Dame un cuerpo sano,
y el buen humor necesario para mantenerlo,
y un alma simple,
que sepa atesorar todo lo bueno
y que no se asuste fácilmente a la vista del mal,
sino que encuentre la manera de poner las cosas
de vuelta en su lugar.
Dame un alma que no sepa lo que es
aburrimiento, quejas, suspiros y lamentos,
ni exceso de estrés, ni me deje ahogar
por eso que se llama Yo.
Dame, Señor, un gran sentido del humor.
Que, con tu gracia, sepa aceptar una broma,
descubra las alegrías de la vida
y sea capaz de compartirlas con los demás*¹³.

¹¹ Gordon Rupp, o.C., p. 18.

¹² Cf. Roper, o.c., p. 14.

Y allí disfrutaría, un hombre como él, tan sociable y entretenido en el amplio círculo de la familia y los amigos, de la amistad con Aquél que lo llamaba a la soledad.

“*¡Al fin solos!*, le decía al Cristo que presidía su pequeño *monasterio*. Y escuchaba lo que Él le decía desde *el libro vivo de la Cruz*, desde el Evangelio y los comentarios de los Santos Padres... Cerrados los ojos para todo lo visible, Tomás respondía a su Amigo con su variada oración de adoración, de agradecimiento, de súplica confiada por todos los que amaba: su Rey, su familia, sus colaboradores, el Papa y los consagrados...

Quería contagiar a sus hijos su vivísima Esperanza, y así les repetía que mayor mérito tendrían en seguir el buen camino, no tanto cuando todo ayudaba a la virtud, sino "viviendo en un tiempo cuando Uds. verán la virtud castigada y premiado el vicio, Si Uds. entonces permanecen firmemente adheridos a Dios, aunque sean

¹³ *Grant me, O Lord, good digestion, and also something to digest.
Grant me a healthy body,
and the necessary good humor to maintain it.
Grant me a simple soul that knows to treasure
all that is good and that doesn't frighten easily at the sight of evil,
but rather finds the means to put things back in their place.
Give me a soul that knows not boredom, grumblings,
sighs and laments,
nor excess of stress, because of that obstructing thing called "I."
Grant me, O Lord, a sense of good humor.
Allow me the grace to be able to take a joke
to discover in life a bit of joy, and to be able to share it with others.*

sólo la mitad de buenos que debieren, Dios hará el resto"¹⁴.

Profecía o no, esos tiempos no tardarían.

Y volverían siglo tras siglo, como para darnos a todos la ocasión de *adherirnos a Dios firmemente*, y encontrar en El la fortaleza para perseverar en el empeño por *volver a poner las cosas en su lugar*, como pedía a Dios nuestro Santo.



Detalle del retrato de Holbein

¹⁴ Cf. Roper, o.c., p. 14. .

3. "BUEN SERVIDOR DEL REY ... "

Si las virtudes de Tomás Moro son manifiestas desde el principio de su vida, su señorío y grandeza toman nuevo relieve desde que entra al servicio del rey. Enrique VIII, encantado con los logros y méritos de su amigo Tomás, y a pesar de la reticencia de éste y sus protestas, lo irá ascendiendo hasta el primer puesto entre sus colaboradores.

"Moro tomaba parte en una misión diplomática tras otra, ya que sus habilidades en leyes, finanzas y su fluido francés lo hacían un miembro muy útil de toda delegación"¹⁵.

Y después de una célebre discusión pública acerca de ciertos derechos aduaneros, en la que hizo valer su ciencia y su prudencia, el rey lo agregó al número de su Consejo Privado, con el rango de Caballero¹⁶.

¹⁵ Gordon Rupp, o.c., p. 23.

¹⁶ Caballero (*Knight*) es el primer grado de nobleza, conferido a quien se destaca en el servicio del Rey. Le corresponde el tratamiento de *Sir*, mientras que el de *Lord* es el correspondiente a los grados superiores (barón, conde, marqués), con referencia al dominio sobre

Luego, por sus buenos oficios cuando la embajada de paz ante los reinos de España, Francia y Portugal, el Rey, nombrándolo Lord Canciller del Reino en reemplazo del Cardenal Wolsey, "hace declarar al Duque de Norfolk, abiertamente ante el pueblo reunido, la gratitud pública por todo lo que el Reino le debía"¹⁷.

Finalmente, con Enrique VIII, de quien curiosamente —por lo que sobrevendría— había recibido un día "la más virtuosa lección que jamás príncipe enseñara a su vasallo, queriendo el Rey que primero obedeciera a Dios, y después de Dios a él"¹⁸, con este Rey llegaría a tener un trato de privilegio, compartiendo como pocos su sobremesa, sus preocupaciones, sus inquietudes culturales.

"Y como fuera (Moro) de agradable disposición, agradaba al Rey y a la Reina, durante la cena, llamarlo para pasar juntos un momento de esparcimiento"¹⁹.

Más aún, "por el placer que tenía en su compañía, solía a veces ir a visitarlo repentinamente en su casa en Chelsea, para divertirse juntos ... o para comer con él, y después pasear por el jardín caminando, por una hora, con el brazo en su cuello ... "²⁰.

Cruel ironía, ciertamente, en el espléndido relato de su devoto yerno. Y tremendo contraste con lo que iba a

algún lugar. El Duque y el Príncipe reciben el tratamiento de *Su Gracia* y *Su Alteza Real*, respectivamente.

¹⁷ Roper, o.c., p. 19.

¹⁸ Ibid., p. 25.

¹⁹ Ibid., p. 7.

²⁰ Ibid., p. 12.

ocurrir, precisamente por la falta de señorío del que llevaba la corona, a la cual sin embargo el buen vasallo siempre respetó y obedeció, hasta el último momento.

Señor de sí mismo y de sus afectos, es igualmente libre para poner a Dios en el primer lugar, como Juana de Arco, no sólo frente al Rey sino también —no imposible alternativa— frente a algunos prelados del momento.

Porque sólo el Obispo de Rochester, Mons. John Fisher —recibiría el cardenalato en la prisión—, se levantaría en defensa de la verdad, mientras sus pares claudicaban ante la pretensión del Rey de divorciarse, volver a casarse y erigirse a sí mismo como cabeza de la Iglesia de Inglaterra. Ese obispo fue luego canonizado. Los demás, silenciados por el miedo, engrosaron la lista de los que callan ante el tirano frente a injusticias clamorosas.

Escuchemos la *parábola* con la que Moro responde y enseña a tres obispos, los cuales no querían ver a tan distinguido personaje dando una nota discordante, cuando ellos consentían el grave capricho de Enrique VIII. Capricho que provocaría el cisma y la herejía de casi todo un pueblo:

—“Un Emperador —comenzaba la historia— ordenó que quienquiera que hubiese cometido cierto crimen debería morir, excepto si fuera virgen, tal reverencia tenía al estado de virginidad”.

—“Pero ocurrió que la primera persona que se halló culpable era una joven doncella, oyendo lo cual el Emperador quedó en gran perplejidad, no sabiendo cómo hacer cumplir dicha ley”.

—“Debatía el Consejo largamente el caso, cuando de pronto se levanta de entre sus miembros un buen hombre que dice:”

—“¿Por qué hacemos tanto problema, señores míos, acerca de materia tan sencilla? Hagamos primero que la joven pierda la virginidad, y luego la ejecutamos”.

—“Así —continuó Moro—, debiendo sus Señorías guardar pura virginidad, tengan gran cuidado de conservarla. Porque hay quien quiere que, estando sus señorías presentes primero a la Coronación [de la nueva Reina, Ana Bolena], y luego predicando en su favor, y finalmente escribiendo libros para defender el asunto ante todo el mundo, quiere digo y desea verlos perder su virginidad, y cuando los haya así desflorado no tardará en devorarlos”.

—“Ahora, señores míos, no está en mi poder evitar que me devoren, pero, siendo Dios mi buen Señor, yo proveeré para que nunca puedan *desflorarme*”²¹.

Respuesta al estilo Moro: caritativa, respetuosamente jocosa, decididamente varonil.



²¹ "I will provide that they shall never deflower me" (ibid., p. 29).

4. ...PERO PRIMERO DE DIOS

Frente al Rey o a los Obispos, como vemos, también sus miedos eran ordenados y controlados. Y la fidelidad a Dios en su Vicario era el amor primero, hasta las últimas consecuencias. Y así, después de una brillante carrera, tanto política como literaria, bajo el patrocinio del mismo soberano, enfrentó la encrucijada de una elegante claudicación o la coherencia y el sufrimiento.

Y en lugar de suscribir el Acta de Supremacía, que cuestionaba la autoridad del Papa y hacía de Enrique VIII cabeza de la Iglesia de Inglaterra, como lo hicieron muchos Obispos, ambas universidades y grandes personajes del momento, prefirió, y así lo dijo, “no exponer el alma al peligro de eterna condenación”²².

²² Carta a su hija Margaret, cit. por Gordon Rupp, o.c., p. 50. Es interesante el hecho de que la primera versión del Acta de Supremacía (1531) provocó general resistencia entre el clero. La Asamblea, dice Wood, "buscó entonces algún compromiso", es decir algún arreglo, y se redactó una segunda versión, que añadía, al juramento de fidelidad al nuevo Jefe de la Iglesia en Inglaterra: "*so far as the laws of Christ permit*" (en la medida en que las leyes de Cristo lo permiten), lo cual, así de ambiguo, satisfizo al equilibrismo general. Pero no a la rectitud de Tomás Moro quien, conociendo la

Su muda reprobación molestaba.

—"¡Y este silencio suyo está bramando por toda Europa!", protestaba Cromwell, el ministro servil.

Por eso buscaron quebrar esa su defensa —no podrían condenarlo por lo que no había dicho—, intentando hacerle decir, para presentarlo como traidor, lo que todos sabían que pensaba: que al Rey no le era lícito usurpar la Supremacía espiritual del Sumo Pontífice; y que si el Papa tenía por válido el matrimonio con Catalina de Aragón, éste lo era, más allá de los defectos de Julio II o del parentesco de la Reina con el Emperador de España,

Lo más que obtuvieron de él fue un hipotético:

—"Así como el Parlamento no podría dictar una ley diciendo que Dios no es Dios, así tampoco podría el Parlamento hacer al Rey Jefe Supremo de la Iglesia"²³.

Esta afirmación no les bastaba, pero de ella y de otras hipersuspicias se valieron, fraude y perjurio mediante, para condenarlo.



defección de la segunda asamblea, presentó su renuncia a la Cancillería.

²³ Roper, o.c. p. 42.

5. ¡AY DE TI. INGLATERRA!

Señor de su vida, la entrega alegremente cuando le llega el momento, porque amaba más lo que *ganaba con perderla*. Y en la misma cárcel, poeta enamorado, como lo hubiera hecho el de Asís, le canta a su *buena suerte*:

*Oh traviesa fortuna,
nunca tán hermosa has lucido,
ni nunca tan agradable y solidaria
me has sonreído, como ahora,
que mis pecados y penas vas a reparar,
tú, que nunca en la vida
me has querido abandonar.
Confío en Dios que, en un momento,
estaré en su Cielo, seguro y para siempre,
más allá de estas inevitables tormentas...*²⁴.

²⁴ "Eye flattering fortune, look thou never so fair,
nor never so pleasantly begin to smile.
As though thou wouldst my ruin all repair,
During my life thou shalt not me beguile.
Trust I shall God, to enter in a while
His haven of heaven, sure and uniform;
Ever after thy calm look I for a storm"
Roper, o.c., p. 40 (traducción libre del A.).

Su ejecución no sería el alevoso crimen que, cuatro siglos antes, otro Tomás, otro inglés, sufriera también por instigación de otro Rey, otro Enrique, defendiendo los derechos de la misma Iglesia.

Con un cierto progreso en la elegancia, ahora los lacayos del amo no corrieron a apuñalarlo, sino que montaron un simulacro de tribunal para acallarlos.

Y pareciera que, desde entonces, un cierto pecado original, de *injusticia pseudo-legalizada*, se hubiera adueñado de la siempre pragmática política inglesa.

Tendencia muchas veces consentida, que hiciera exclamar al poeta hispano, desde el otro lado de la Gibraltar usurpada: .

*"Inglaterra, Inglaterra, vieja zorra,
jamás harta de sangre de corderos,
que siempre tortuosa en sus senderos
sus propias huellas con la cola borra.*

...

*Con espasmos de vieja puritana,
ver maltratar a un gozque vagabundo
¡ay!, te lastima el corazón, te aterra ...
Mas si Albión un penique en ello gana,
matará a fuego lento a medio mundo ...
¡Oh pérfida!, ¡oh hipócrita Inglaterra!*²⁵

La muerte de éste, su propio cordero escogido, hizo decir al Emperador Carlos que *si él hubiera sido señor de*

²⁵ Eugenio Escribano, *A la política secular de Inglaterra*.

semejante servidor, de cuyas obras él mismo había tenido no poca experiencia durante varios años, hubiese preferido perder la mejor Ciudad de sus dominios que a tan sabio consejero²⁶.

A muchos, después, hizo lamentar que, a la persona de mayor virtud que el Reino jamás había producido, le habían cortado la cabeza²⁷.

Y recordaban el reproche de Jesús: “¡Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados!”²⁸



²⁶ Cfr. Roper, o.c., p. 50.

²⁷ Cfr. Jonathan Swift, *Concerning that tmiversal hatred...*, 1736.

²⁸ Mt. 23, 37.



La celda de Tomás Moro en la Torre de Londres.

6. TESTIGO DE LA CRISTIANDAD

Muchas y variadas enseñanzas se desprenden de la vida y la pasión de Tomás Moro.

Su Fe y su Esperanza eran la fuente y el secreto de su permanente humor, de la fina ironía con que miraba al mundo y se despediría de él.

—*Dame la gracia, mi buen Señor* —había anotado en su devocionario— *de tener al mundo en nada*

Y rezaba en su celda, en la Torre de Londres:

Que por ganar a Cristo está dispuesto a perder todas mis cosas, mis amigos, mi libertad, la vida, todo.

Que vea a mis peores enemigos como mis mejores amigos, ya que los hermanos de José no podrían haberle hecho nunca tanto bien con su amor y su favor como lo hicieron con su maldad y odio.

*Te pido todo esto, Señor, porque todo esto vale más que todos los tesoros juntos de todos los príncipes y Reyes. Amén*²⁹

Bien podría ser llamado *el mártir del matrimonio*, porque dio el supremo testimonio en defensa de la

²⁹ Ver el texto completo en p. 31.

institución matrimonial en contra del divorcio, de acuerdo a la enseñanza de la Iglesia.

Son sus palabras, según Bolt:

—"*Sin embargo, no es por la Supremacía que Uds. han buscado mi sangre, sino porque no me he doblegado ante el matrimonio* [adúltero, de Enrique con Ana Bolena]"³⁰.

Del mismo modo, podría ser considerado como el mártir de la necesaria sumisión de los gobiernos a la autoridad de la Iglesia sobre los Estados, en lo que atañe a la moral. En efecto, pudo considerarse hasta el final —lo repitió en el mismo cadalso— *un buen servidor del Rey, pero antes, de Dios*, al cual debían acatamiento, en la autoridad del Papa, tanto él como el mismo Rey de Inglaterra.

Tomás Moro, uno de esos varones que, aun sin proponérselo, enseñan sus deberes hasta a los más encumbrados —que a veces no lo pueden soportar— no cayó en la incoherencia de quitar el ámbito de lo político a la universal sumisión al Creador de todo cuanto existe.

En *Utopía*, bien que más que una obra científica es una especie de *divertimento* intelectual compuesto en el contexto de intercambios literarios más o menos serios, libres y humorísticos, Moro pinta una sociedad ideal, que vive según la ley natural y los dictados de la razón, combatiendo las consecuencias del pecado original.

Y plantea la cuestión, tan importante hoy como entonces:

³⁰ O.c., p. 97.

¿Es el gobernante la autoridad suprema, o hay leyes morales que él debe obedecer, y que están por encima de cualquiera de sus disposiciones?

La respuesta, que él suscribió con sangre, es clara para quien lee el Evangelio sin prejuicios, y recibe el Magisterio sin taras de relativismo histórico: también el César, en cuanto César, debe *dar a Dios lo que es de Dios*.

Consecuentemente se alzó, cual otro Juan Bautista, casi sólo e incomprendido³¹, en un *non licet!* que resonaría en la historia inglesa como un perpetuo reproche.

Fue como decirle al Rey: *no te es lícito imponer tu voluntad por encima y en contra de las normas divinas que la Iglesia enseña. Tu intento de separar el gobierno de la Iglesia, fuente de Luz, puente de Gracia, es como querer separar el cuerpo del alma; y eso no puede traer al Reino más que muerte y corrupción.*

Y más utópico todavía, pudo agregar, es pretender que los que gobiernan las naciones no necesiten una luz y una fuerza superiores, más todavía que los que no están expuestos a las tentaciones y ocasiones que acarrea el cargo.

Cuando el gobernante del momento pretendió decir, como lo hacen los tiranos, "*Yo hago lo que quiero, y na-*

³¹ Luego le harían eco, como precursores de los *vandeanos* de Francia, los católicos de York y Northumberland. Pero en aquel momento hasta el holandés Erasmo, quien lo había llamado con admiración *el Sócrates inglés*, toma distancia: "No debería haberse metido en cuestiones tan peligrosas; debería haber dejado la teología a los teólogos" (cit. por Gordon Rupp, O.C., p. 54).

die me dice lo que tengo que hacer”, se le plantaron dos, el Canciller y un Obispo.

En el caso de Tomás, no lo hizo para que lo maten, ni tenía demasiadas ganas de ser mártir. Pero sabía que, puesto en la obligación de manifestar su parecer, tendría que tomar pública posición contra un rey poderoso e impredecible. Y cuando no pudo eludir tal compromiso, ni siquiera renunciando a la Cancillería, cuando tuvo que decir lo que pensaba, se expresó como católico fiel en favor de la obediencia a la Iglesia.

No hizo lo de aquellos que halagaron al Rey para prolongar sus vidas *veinte o treinta años más...*, y que tampoco lo lograron³².

Los frutos de ese capricho y de esa *revolución anglicana*, sobre los que se funda la Iglesia de Inglaterra, están a la vista, especialmente para quien recorre hoy la Gran Bretaña protestante: iglesias magníficas, que testimonian siglos de Fe de aquella Inglaterra católica, se ven hoy convertidas en templos fríos (sin el calor del Sagrario, sin la presencia de la Madre), o en museos carentes de vida, o, peor todavía, en ruinas, *controladas* o abandonadas.

Son el símbolo trágico, tan doloroso como irrefutable, de la influencia tremendamente ejemplar y eficaz, positiva o negativa, del gobernante sobre la religiosidad de todo un pueblo. Y a menor religiosidad, menor recurso a la gracia

³² De varios de éstos se leen también los nombres en las placas que rememoran a los decapitados por las iras del Rey. Entre ellos, su amigo el duque de Norfolk, uno de los que trataron de disuadirlo.

que nos sana de malas inclinaciones, y menor atención a la doctrina social de la Iglesia, menor fuerza tiene la moral, y más fácilmente prosperan costumbres y legislaciones aberrantes.

Contra esa ruptura y posterior decadencia debían reaccionar los pastores.

Pero de hecho, en la Inglaterra de Moro y Fisher la mayoría de los que tenían voz y voto claudicaron. Y sus sucesores parecen hoy más ocupados en tareas *menos buenas y distractivas*, usando la expresión de los maestros espirituales para referirse a la inspiración y motivación de nuestros actos. Conservan el título de *Lords*, pero carecen de influencia real entre su gente. Y son acusados, incluso por los periódicos liberales, de estar más preocupados por conformarse en estos temas con una sociedad que cambia que con la inmutable voluntad de Dios³³.

Y todo comenzó, imposible negarlo, cuando se produjo aquel formidable contraste entre la frivolidad con que Enrique VIII manejaba su absoluto poder —lo que ya permitía vislumbrar su corrupción futura³⁴—, y el estupendo señorío de aquellos dos humildes testigos de la Cristiandad. Testigos de los pilares sobre los que se edifica una sociedad cristiana, según la enseñanza perenne de la Iglesia³⁵.

³³ *Daily Telegraph*, 30-9-85.

³⁴ Cf. Robert Bolt, O.C., p. XXIV.

³⁵ Enseñanza nuevamente propuesta en el Compendio de Doctrina Social de la Iglesia, 2005.

Seis siglos después, ese testimonio sigue vigente. Algunas circunstancias han cambiado. Hoy los gobiernos son también elegidos por la vía del sufragio, aunque no están exentos del riesgo de la tiranía. Y si escuchan al Papa del momento lo hacen con muy diverso grado de atención y cortesía. Pero tanto la Iglesia como el sentido común de los pueblos no católicos siguen marcando límites que, en base al derecho natural y la Revelación, siempre ayudarán a todos a vivir en la justicia y la solidaridad, en paz y prosperidad, en *amistad social*.

Y tanto la voz del Magisterio como el coraje de los Santos van a motivar a muchos, políticos en sus parlamentos, obispos desde sus cátedras, ciudadanos en la calle, a hacer oír su voz y su reclamo. Y que sabrán decir, cuando sea el caso, *no te es lícito* robar los dineros públicos, promover la inmoralidad y el escándalo, comprar la adhesión de parlamentos y medios de comunicación, perpetuarte mediante la mentira, la dádiva o el fraude, tener encarcelados ciudadanos sin proceso, asesinar opositores... *¡No les es lícito, Herodes, Enrique, Hitler o la que sea, aunque nos amenacen, nos espíen o nos corten la cabeza!*

Le decían a Tomás Moro:

— “¿Y si hablás de otra cosa, o lo redactamos distinto, y no quedás mal con el Rey?

Su típico humor debe haber contestado:

— “¿Y si doy parte de enfermo?...”

Cuando le enrostraron durante el proceso que él era el único que pretendía oponerse a lo que habían aprobado todos los Obispos, Universidades y lo más culto del Reino, replicó en esta forma magistral:

—“Si el número de Obispos y Universidades cuenta tanto. como parece a su señoría, entonces menor motivo veo para cambiar de opinión. Porque no dudo que, más allá de este Reino, en toda la Cristiandad hay muchos más Obispos y hombres instruidos para tomar en consideración, y eso sólo entre los que aún viven. Porque si habláramos de los que ya han muerto, de los cuales no pocos serán ya santos del cielo, estoy bien seguro de que la mayoría de ellos, en mi caso, hubieran pensado igual. Por eso no pienso conformar mi conciencia con el Consejo de un Reino, en contra del Consejo de toda la Cristiandad”³⁶.

Testigo feliz, en la Esperanza, entregaría su cabeza después de darle un regalo al verdugo, diciéndole:

— “¡Gracias por enviarme al cielo!”.

—“Ud. parece muy seguro de eso, Sir Thomas” —le insinuó agriamente el Arzobispo Cranmer, también a su lado en el cadalso.

La respuesta, y fueron sus últimas palabras, retrata cabalmente a nuestro héroe:

—“Dios no rechazará a quien va tan contento a su encuentro”³⁷.

³⁶ Roper, o.c., p. 46.

³⁷ Robert Bolt, o.C., p. 99.



Placas con los nombres de los ejecutados,
en el mismo lugar donde se levantaba el cadalso,
a pocos metros de la Torre de Londres.



SU ORACIÓN EN LA CELDA

Dame la gracia, Señor,

de tener el mundo en nada.

Que viva pendiente de Vos

y no de las palabras de los hombres.

Que me alegre de estar solo.

Que no ande buscando placeres mundanos.

*Que poco a poco me vaya librando
de las inquietudes del mundo.*

*Que no me interesen sus cuestiones
y me molesten sus fantasías.*

*Que me guste pensar en Vos, pedirte ayuda,
descansar en Vos, y que sólo trabaje en amarte.*

*Que conozca mi propia maldad y miseria,
humillándome en Tu presencia,*

*llorando y purgando mis pecados,
y sufriendo con paciencia la adversidad.*

*Que me alegre de adelantar mi Purgatorio,
sufriendo, feliz, las tribulaciones,
avanzando por el camino estrecho que lleva a la Vida.*



*Que tenga lo postrero muy presente.
Que no pierda de vista ni me sea extraña
la realidad de mi muerte, siempre cercana,
ni me olvide del perenne fuego del infierno.
Que pida perdón, antes de que llegue el Juez.
Que tenga siempre en mi mente la pasión
que Cristo sufrió por mí,
y que no cese de darle las gracias
por todos sus beneficios
Que recupere el tiempo perdido.
Que me abstenga de conversaciones vanas,
y evite diversiones tontas e innecesarias.*

*Que por ganar a Cristo está dispuesto
a perder todas mis cosas, mis amigos,
mi libertad, la vida, todo.
Que vea a mis peores enemigos
como mis mejores amigos,
ya que los hermanos de José
no podrían haberle hecho nunca tanto bien
con su amor y su favor
como lo hicieron con su maldad y odio.
Te pido todo esto, Señor, porque todo esto
vale más que todos los tesoros juntos
de todos los Reyes y príncipes.
Amén*

◀Original en inglés en <http://www.apostles.com/moreprayer.html>. ▶

INDICE

Tomás Moro, político santo.	3
1. EL HOMBRE, UN SEÑOR.	5
2. SEÑOR DE SU CASA.	9
3. "BUEN SERVIDOR DEL REY ... ".	13
4. "...PERO PRIMERO DE DIOS".	17
5. ¡AY DE TI. INGLATERRA!	19
6. TESTIGO DE LA CRISTIANDAD.	23
Su oración en la celda	31

